

LA PRINCESA QUE APRENDIÓ A COMPARTIR

Érase una vez una princesa a la que le encantaban los juguetes. Vivía en un palacio lleno de niños y niñas que acostumbraban a jugar con viejas pelotas, piedras o pequeños objetos que le servían de coches, muñecos... o todo aquello que ellos inventaban con su imaginación.

Los habitantes del pueblo, la mayoría labradores, vivían un mal momento, ya que las intensas tormentas habían destrozado las cosechas y no disponían de dinero.

La princesa era tan caprichosa que quería todos los juguetes que tenían los príncipes y princesas de otros reinos, por lo que sus padres, los reyes, siempre conseguían que su hija, una niña

mimada y consentida, tuviera los juguetes más sofisticados y modernos. Sin embargo, ella nunca quería compartirlos con ningún niño o niña del pueblo, ni tampoco se los dejaba tocar a ningún invitado que llegara al palacio.

Un día, estando la princesa durmiendo en su alcoba, se le apareció un hada muy especial, era una niña de su misma edad. Le dijo que ella le haría llegar cada día un juguete nuevo, pero le ponía una condición, que cada día tenía que jugar un poquito con todos aquellos que ella le fuera regalando.

Los primeros días fueron maravillosos, ya que la princesa estaba encantada con sus nuevos juguetes. El día se le pasaba volando y se divertía mucho. Pero a medida que pasaban los días la

princesa estaba cada vez mas cansada, dejaba para el final los juguetes que menos le entusiasmaban, pero aún así bostezaba y se quedaba dormida encima de ellos.

Decidió buscar una solución, escondería algunos juguetes sin que el hada se diera cuenta. Pero aquello no resultó, el hada le recordó que debía cumplir su compromiso, de lo contrario ella ya no le llevaría más regalos.

Una tarde, rodeada de tantos y tantos juguetes, se asomó por la ventana y vio a una niña y un niño que jugaban con una vieja pelota de trapo. Desde su ventana les invitó a entrar en el palacio y jugar con ella. Ellos, sorprendidos de la invitación, se acercaron a la puerta y pasaron a la habitación de la princesa.

Perplejos de lo que allí había, empezaron a dejarse llevar por la pequeña que tantos juguetes tenía y no había compartido hasta ahora. Pasaron una tarde estupenda.

Al día siguiente, los niños le sugirieron a la princesa que como había tantos juguetes, podían llamar a más niños y niñas del pueblo, ya que así podían compartirlos y divertirse entre todos. A la princesa le pareció una buena idea y así hicieron.

Pasaron los meses y parecía que la economía del pueblo iba resurgiendo.

Los papás y mamás compraban algunos juguetes a sus hijos e hijas en sus cumpleaños, y todos tenían ilusión en compartir lo que tenían.

La princesa se acostumbró a pasar las tardes en las casas de sus amigos y amigas.

Descubrió que era más feliz compartiendo lo que tenía y que su vida había cambiado. Nunca olvidó al hada que se lo enseñó.